

caza. Nótese que no se concretaba á los ensueños platónicos; no era corto en acciones ni en palabras; en sus poesías no faltan los chistes subidos de color. Se llama á sí mismo «un pagano no regenerado», y tiene razón. Hasta hizo versos obscenos, y lord Byron cita de él un paquete de cartas inéditas, se supone, y tales que no se puede imaginar nada peor: era el exceso de savia que rezumaba en él y ensuciaba la corteza. No se alaba de esos desbordamientos; más bien se arrepentía; pero, en cuanto al vuelo y despliegue de la libre vida poética á la luz del sol, no veía nada que decir. Opinaba que el amor, con los sueños encantadores que provoca, la poesía y el placer, son cosas bellas, conformes con los instintos del hombre, y, por tanto, con los designios de Dios. En resumen; en contraposición al puritanismo lúgubre, aprobaba la alegría y bendecía la felicidad (1).

Y no es que sea un simple epicúreo; á la inversa, es religioso llegado el caso. Cuando, después de la muerte de su padre, recitaba en alta voz la oración de la tarde, hacía derramar lágrimas á los presentes, y su poema *El Sábado en el cottage* es el más sentido de los idilios virtuosos. Yo creo aún que era profundamente religioso. Aconsejaba á los jóvenes, «si tenían en algo la paz de su alma, que mantuviesen un comercio fervoroso y regular con la Divinidad». Lo que él había ridiculizado era el culto oficial; en cuanto á la religión, que es «el lenguaje del alma», la rendía acatamiento. Varias veces, delante de Dugal Stewart, en Edimburgo, desaprobó las burlas escépticas que oía en las cenas. Creía tener «todas las seguridades posibles» de una vida futura, y muchas veces, al lado de

(1) Chamber's edition, t. I, p. 93.

una sátira burlona, se encuentran en él estrofas llenas de humilde arrepentimiento, de fervor confiado ó de resignación cristiana. Serán, si se quiere, las contradicciones de un poeta, pero son también las adivinaciones de un poeta; bajo esas variaciones aparentes hay un nuevo ideal que surge; las antiguas morales estrechas van á ceder el puesto á la amplia simpatía del hombre moderno, que ama la belleza dondequiera que se encuentre, y que, negándose á mutilar la naturaleza humana, es á la vez pagano y cristiano.

Burns tiene esa originalidad y ese instinto adivinador en el estilo lo mismo que en las ideas. Lo característico de la edad en que vivimos, y que él abre, es borrar las distinciones rígidas de clase, de catecismo y de estilo; académicos morales ó sociales, los convencionalismos caen, y queremos que triunfe en la sociedad el mérito personal, en la moral la generosidad nativa, en la literatura el sentimiento verdadero. Burns es el primero que entra en esta vía, y varias veces llega hasta el fin. Si hace versos, no es por cálculo, ni por obediencia á la moda. «Yo no había tenido nunca la menor idea ni inclinación de hacerme poeta (dice) hasta el momento en que me enamoré seriamente, y entonces la rima y la canción vinieron á ser en cierto modo el lenguaje espontáneo de mi alma.» — «Mis pasiones se revolvían como otros tantos demonios, mientras no encontraban un desahogo en los versos.» Hechos los versos, se sentía aliviado, consolado de sus miserias; los canturreaba, conduciendo el arado, con música de antiguos aires escoceses, que amaba con pasión, y que, en cuanto se cantan (dice) traen á los labios las ideas y la rima. He ahí la poesía natural, no crecida en estufa, sino nacida del suelo entre dos surcos, en compañía de la música, en medio

de las tristezas y de las bellezas del clima, como los brezos violados del país. Se comprende que haya renovado su lengua; por primera vez ese hombre habla como se habla, ó, más bien, como se piensa, sin exclusivismo, con una mezcla de todos los estilos, familiar y terrible, ocultando una emoción con una bufonada, tierno y chocarrero en el mismo punto, dispuesto á juntar las trivialidades de posada y las más grandes expresiones de la poesía (1); tan indiferente es á las reglas y tan dado á mostrar su sentir como le ocurre y tal cual es. Por fin, después de tantos años, salimos de la declamación cantada, y oímos una voz de hombre; más aún: olvidamos la voz por la emoción que expresa, sentimos de rechazo esa emoción en nosotros mismos, entramos en comercio con un alma. A la sazón la forma parece desvanecerse y desaparecer; yo me atrevo á decir que esta es la gran característica de la poesía moderna; siete ú ocho veces la alcanza Burns.

Y logró imponerse. Publicado su primer volumen se hizo célebre de pronto. Llegado á Edimburgo, se vió festejado, mimado, admitido en los primeros salones, entre los grandes y los hombres de letras, y amado de una mujer que era casi una dama. Durante una temporada se le disputaron, y él ocupó su puesto dignamente entre aquellas gentes tan ricas y tan nobles. Se le respetó, y hasta se le quiso. Una suscripción le valió una segunda edición y 500 libras esterlinas. El también, en fin, como los grandes plebeyos de Francia, como Rousseau á la cabeza de todos, había conquistado su puesto. Desgraciadamente llevaba

(1) Véase *Tom O'shanter, Address to the Deil, The Jolly Beggars, A man is a man, Green grow the rushes, etc.*

allí, como ellos, los vicios de su estado y de su genio. Nadie se encumbra, ni sobre todo se empeña en encumbrarse impunemente; nosotros también tenemos nuestros vicios, y, en primer término, la vanidad enfermiza. «Ningún corazón (dice Burns) suspiró nunca más ardientemente que el mío por la dicha de distinguirse.» Este amor propio enfermizo falseaba su talento y le extraviaba. Se afanaba por tener un bello estilo epistolar, é incurría en la ridiculez de imitar en sus cartas á los académicos y cortesanos. Escribía á sus amantes en frases rebuscadas tan pedantescas como las de Johnson. No se decide uno á citarlas: tan grotesco es su énfasis. Otras veces consignaba en un diario los trozos literarios que le ocurrían, y seis meses después los enviaba á sus corresponsales como efusiones del momento é improvisaciones naturales. Aun en sus versos cae á menudo, demasiado á menudo, en el florido estilo de rúbrica; pone en juego los suspiros, los ardores, las llamas y hasta los grandes artificios clásicos y mitológicos. Béranger, que se creía ó se decía el poeta del pueblo, ha hecho otro tanto. Un plebeyo necesita tener mucho valor para decidirse á ser siempre el mismo y no embutirse en el traje de corte. Por ejemplo: Burns, escocés y aldeano, evitaba al hablar todas las locuciones escocesas ó lugareñas; le agradaba mostrarse tan bien educado como la gente de tono. Sólo á la fuerza y por sorpresa le sacaba su genio de los convencionalismos; dos veces de cada tres sus pretensiones desvirtuaban su sentimiento.

Su triunfo duró un invierno, después de lo cual se dejó sentir la gran llaga incurable del plebeyo; quiere decir que le fué preciso ganarse la vida. Con el dinero que había sacado de su libro arrendó una pe-

queña hacienda. Fué un mal negocio, y, por otra parte, se comprende bien que él no era hombre de condiciones para ninguna explotación. «Podría escribiros (dice en una de sus cartas) sobre el cultivo, la construcción y las transacciones; pero tengo mi pobre cabeza tan trastornada, tan fatigada, tan torturada, tan endiablada con la execrable y maldita obligación de conseguir que una guinea haga el servicio de tres, que detesto, abomino el solo nombre de negocios, y me desmayo al pensar en ellos.» No tardó en marcharse, con los bolsillos vacíos, á desempeñar en Dumfries un destino de aduanero, que le daba en junto noventa libras anuales. En esa bonita posición, ponía la estampilla en los cueros, aforaba las cubetas, vigilaba la fábrica de velas, concedía licencias para el transporte de las bebidas espirituosas. De los estercoleros había pasado á la administración y á la mercería: ¡qué vida para tal hombre! Aun independiente y rico, hubiera sido desgraciado. Esos grandes novadores, esos poetas son todos iguales. Lo que los hace poetas es el aflujo violento de las sensaciones; tienen una máquina nerviosa más sensible que la nuestra; los objetos que nos dejan fríos á nosotros los sacuden á ellos súbitamente y los ponen fuera de sí. Al menor choque falta su cerebro, después de lo cual tornan á caer; se disgustan de la vida y se sienten taciturnos entre los recuerdos de las faltas que han cometido y de las delicias que han perdido. «Mi peor enemigo (dice Burns) soy yo mismo. Hay dos seres á quienes envidio: un caballo cerril que atraviesa una selva de Asia, ó una ostra fija en cualquier desierta costa europea. El uno no tiene un deseo que no satisfaga; la otra no tiene deseos ni temores.» Siempre estaba en los extremos, ya en lo más bello, ya en lo

más bajo; por la mañana, á punto de llorar; por la noche en la mesa ó debajo de la mesa; ahora, prendado de Juana Armour; luego, cuando le rechaza, arreglándose con otra; después tornando á Juana para volverla á dejar y volver á entenderse, entre mil escándalos, desdoras y hastíos. En esa clase de cabezas las ideas son como bombas; el hombre disparado lo destroza todo, se destroza á sí mismo; al día siguiente emprende la carrera en sentido contrario, y acaba por no encontrar ya en sí y fuera de sí más que ruinas. Burns no había sido nunca hombre de juicio, y lo fué menos que nunca después de su éxito de Edimburgo. Había gozado demasiado, sentía desde entonces demasiado vivamente el doloroso aguijón del hombre moderno, la desproporción entre el deseo y el poder. Los desórdenes habían pervertido casi la bella imaginación «que antes era la fuente principal de su felicidad», y confesaba que, en vez de tiernos ensueños, no tenía ya más que deseos sensuales. Le habían hecho beber hasta las seis de la mañana; en Dumfries estuvo borracho muchas veces; no es cosa muy buena el vino, pero nos trae un carnaval á la cabeza, y, en este concepto, los poetas, como los pobres, son inclinados á él. Una vez, en casa de Mr. Bid- del, Burns bebió tanto que insultó á la señora; al otro día ofreció disculpas, que no fueron aceptadas, y por despecho escribió versos contra ella: excesos deplorables, y que anuncian un espíritu fuera de asiento. A los treinta y siete años estaba gastado. Una noche, habiendo abusado de la bebida, se sentó y se durmió en medio de la calle. Era en Enero y cogió una fiebre catarral. Se quiso llamar á un médico. «¿Para qué ha de perder el tiempo conmigo un médico? Soy un pichón tan ruin que no valgo la pena de que me des-

plumen.» Estaba horriblemente flaco, no dormía y no podía tenerse ya sobre las piernas. «En cuanto á mi persona, estoy tranquilo; pero ¡la pobre viuda de Burns y media docena de chiquitines! Para eso soy tan débil como lágrima de mujer.» Aún tuvo el temor de no acabar en paz y la amargura de pedir limosna. «Un pícaro tendero (escribía á su primo), pensando que voy á morirme, ha entablado una demanda contra mí, é infaliblemente va á dar con mis pobres huesos en la cárcel... ¡Oh! ¡si supieseis qué orgulloso es mi corazón me compadeceríais doblemente! ¡Ay! ¡yo no estoy acostumbrado á mendigar!» Murió pocos días después, á los treinta y ocho años. Su mujer daba á luz el quinto hijo.

II

¡Triste vida! Y esa es, por lo común, la de los precursores. No es sano marchar demasiado aprisa; Burns iba tan adelante, que se necesitaron cuarenta años para alcanzarle. Entonces los conservadores y los creyentes predominaban en Inglaterra sobre los excépticos y revolucionarios. La constitución era liberal, y parecía la garantía de los derechos; la Iglesia era popular, y parecía el sostén de la moral. La capacidad práctica y la incapacidad especulativa desviaban á los espíritus de las innovaciones propuestas, y los afeerraban al orden establecido. Se encontraban bien en la gran mansión feudal, ensanchada y amoldada á las necesidades modernas; les parecía hermosa, estaban orgullosos de ella, y el instinto nacional, como la opinión pública, se declaraban contra los innovadores

que querían demolerla para reedificarla. De repente una violenta sacudida había transformado ese instinto en pasión y esa opinión en fanatismo. La revolución francesa, admirada al pronto como una hermana, había parecido una furia y un monstruo. Pitt declaraba en pleno Parlamento, con aplauso universal (1), «que las notas dominantes del nuevo gobierno republicano eran la abolición de la religión y la abolición de la propiedad». Toda la clase ilustrada é influyente se levantaba para aplastar á esa secta de bandidos por institución y ateos por principios, y el jacobinismo, que surgía entre sangre para asentarse en la púrpura, fué perseguido hasta en su hijo y campeón «Bonaparte, que le había centralizado y entronizado (2)». En medio de ese ensañamiento nacional, las ideas liberales palidecían; los más ilustres amigos de Fox, Burke, Windham, Spencer, le abandonaron: de 160 partidarios que tenía en la Cámara de los Comunes, no le quedaron más que 50. El gran partido whig pareció desaparecer, y en el año de 1799 la mayor minoría que pudo reunirse contra el gobierno fué de 25 votos. Entre tanto se tenía en un puño al jacobinismo inglés (3); «el *habeas corpus* se suspendía varias veces; los escritores que insinuaban doctrinas contrarias á la monarquía y á la aristocracia eran proscritos y castigados sin conmiseración. Era peligroso que un republicano hiciese su profesión de fe política en la fonda, delante de su *beefsteak* y su botella; y en Escocia, por ofensas que en Westminster se hubiesen calificado de delitos simples (4), se veía mandar á Bo-

(1) *Pitt's Speeches*, t. II, p. 17.

(2) Discurso de Pitt, 17 de Febrero de 1800.

(3) *Life of William Pitt*, by Macaulay.

(4) *Misdemeanours*.